



Company's

Raquel Aranda Montecillas
Aïcha Doumbia Gómez
Olivia García González
Vega García Torres
Carmen Guallar Gual
Lucía Guasp García
Inés Navarro Vico

LA BICICLETA, LA PALA
Y EL TARRO DE MERMELADA

Lucía Guasp García
(Premi de Narrativa en Castellà)

Varsovia, mayo del 2008

Silencio en una habitación que espera la llegada de la Muerte.

Ha dejado su guadaña en el perchero donde gotean los paraguas que los familiares que acaban de llegar han usado para resguardarse de las lluvias de primavera. Todos intuyen su presencia, pero ninguno comenta el escalofrío que les recorre la espina dorsal.

La Muerte penetra en la estancia y se sorprende. Es una sorpresa serena y agri dulce, que no inmuta su pétreo y eterno rostro pero que rocía su negro corazón de un sentimiento que los mortales llamarían *lástima*.

—Bienvenida —le dice la anciana postrada en la cama—. Te estaba esperando.

Ella ha reconocido porque no es la primera vez que se topa con la sombra; se han rozado tantas veces con la punta de los dedos que cerca ha estado de llevársela mucho antes.

La figura la mira y ve en ella un vago reflejo de lo que era en su último encuentro. Se pregunta con cierto asombro qué ha sido de aquella joven de largas trenzas castañas y fuego en la mirada. Se pregunta, también, si estará escondida debajo de aquella frágil y marchita melena entrecana.

Se plantea inquirirle si tiene miedo; es el protocolo, es lo que hace con todo el mundo. Pero lo descarta, porque sabe que el terror es algo que la mujer conoce tan bien como ella. Sabe que la vida la ha asustado mucho más de lo que puede hacerlo la Muerte.

La anciana cierra los ojos. Hace mucho que la vista no le responde como antaño. Recuerda, asimismo, que solía ser capaz de mover esas piernas ahora atrofiadas y llenas de varices. La mente tampoco le funciona como antes; a veces mezcla nombres y fechas, y las lagunas que se le forman en la memoria ya no son lagunas, sino pantanos.

Solo le queda aferrarse, piensa, a esos pocos recuerdos que se le han quedado grabados, que se han vuelto persistentes y que se resisten a desvanecerse entre el polvo que se le ha formado en la cabeza.

Recuerda, por ejemplo, los ojos de un niño. Cierto es que no retiene su nombre, pero no se le olvidará nunca la expresión en su mirada. Todavía se cree capaz de oler el amargo aroma del miedo que emanaban el niño y su madre, ahora una silueta difuminada al fondo de la imagen.

Si hace un esfuerzo, cosa difícil por culpa de la edad, puede incluso intentar asir el liviano cuerpo de la criatura. Todavía logra evocar el horror que la invadió al sostener su esquelético ser; pesaba como el papel de fumar, como si pudiera deshacerse con el más mínimo soplo de viento.

Tiene la vaga sensación de un peligro inminente, pero le resulta tan familiar que deja que el sentimiento la envuelva y se sumerge en ese momento que ocurrió hace

más de sesenta años, pero que en su mente agrietada ha sido hace apenas unos minutos.

La lluvia le impregna la piel, y las gotas resbalan, perezosas, por su gabardina beis. El paraguas se le ha volteado tantas veces por culpa del viento esa mañana que se ha rendido a la evidencia y ha terminado por dejarlo en la camioneta. Ahora se arrepiente, pero sabe que volver atrás significa llamar la atención, y no puede permitirse hacer eso solo por ahorrarse un resfriado.

Termina de cruzar la calle. Está casi vacía y eso la inquieta. Quiere abortar la misión, pero aprieta la quijada y sigue andando como si nada, porque aplazar los acontecimientos es depender del futuro.

Y ella no depende de nadie.

Los guardias la detienen en la puerta; no le importa, se lo esperaba. Sin inmutarse, se extrae un salvoconducto del bolsillo y se lo muestra. Un soldado lo revisa un momento; parece molesto por el mal tiempo y la deja pasar entre gruñidos. Ni siquiera le ha preguntado qué lleva en el maletín y eso la hace sonreír. No está segura de cuándo fue la última vez que lo hizo.

Es una mujer bella, con el cabello recogido en un complejo trenzado sobre la cabeza que le enmarca el rostro como una corona, ataviada con su uniforme de enfermera bajo el abrigo. Tiene las mejillas rollizas y sonrosadas, y eso la avergüenza.

Porque sí, es una mujer bella, y es una mujer bella caminando en medio del infierno.

Le cuesta no mirar hacia los portales, le cuesta no mirar hacia las ruinas. Los primeros meses que deambulaba por las calles era incapaz de resistir el impulso de correr a por los niños, a por los ancianos, a por los hombres y mujeres tendidos en medio de las calzadas. No podía evitar el anhelo casi irracional de socorrerlos, de darles agua, comida y cobijo.

Pero son tantos los moribundos, tantos los enfermos, los miserables, que ha llegado a un punto donde la impasibilidad es su última baza. Sabe, además, que esa es la única manera de pasar desapercibida. Así que camina, y camina, y camina, aunque la gente se esté muriendo justo a su lado, aunque los niños le rueguen un mendrugo de pan, aunque pise un charco de agua y se percate de que no es tal, sino sangre.

A sus espaldas oye un disparo, y luego gritos. Cierra los ojos y eleva una plegaria silenciosa. Luego se limita a fundirse entre la multitud que huye del fusilamiento.

La periferia es un lugar inhóspito y peligroso para vivir, pero lo único bueno que tiene el horror es que nos equipara a todos, así que a esas alturas las diferencias entre las afueras y el centro son tan mínimas que apenas sirven para nada más que para orientarse. Intenta recordar qué eran esas calles hace unos años, cuando solo eran calles,

y se sorprende al darse cuenta de que lo ha olvidado por completo.

En la casa que buscaba (si es que se puede llamar casa a un amasijo de madera y ladrillos) las puertas están abiertas de par en par. Durante un momento, se le detiene el corazón. Ya le ocurrió lo mismo la semana pasada, y no se atreve a creer que haya vuelto a suceder. «Por favor, por favor, *por favor*, que no se lo hayan llevado», suplica sin levantar la voz.

Tiene suerte. Una mujer escuálida y consumida le hace señas desde la entrada, y ella se descubre soltando todo el aire que había contenido. Mira a ambos lados de la calzada por precaución, y luego se encamina a su encuentro.

La mujer ya está llorando y eso la entenece. La abraza porque es lo único que puede hacer por ella, brindarle un consuelo que poco va a consolarla. Entran en la chabola y se asombra porque está llena. Hay niños corriendo de un lado a otro, niños que más bien son fantasmas, y se le encoge el corazón porque son demasiado mayores, porque no puede llevárselos y porque sabe que nadie más lo hará. También hay una pareja de ancianos y un hombre al que la mujer que le ha abierto se abraza, sollozando desconsoladamente.

«¿Dónde está?», pregunta, y lamenta ser tan brusca. Quiere disculparse, pero no hay tiempo, nunca hay tiempo y eso la está matando por dentro.

Un anciano se excusa entre dientes y entra en una habitación; sale poco después con un niño en brazos.

Es imposible que tenga más de dos años, aunque por el tamaño y el aspecto enfermizo una casi diría que tan solo tiene unos meses. Se le quedan grabados sus ojos, dos grandes bolas azules que la miran fijamente, libres de odio, porque todavía no entienden el peso de la guerra.

Tiene las costillas marcadas y su madre sigue mirando al suelo, ruborizada, como si la delgadez del niño fuera culpa suya. Como si el hambre del mundo fuera culpa suya.

Se le llena el cuerpo de ira porque los inocentes sienten culpa y los culpables se hacen los inocentes.

Deja el maletín sobre la mesa del recibidor y lo abre. Es grande. Y lo que es más importante: está vacío. Se saca un botecito del bolsillo; el líquido dorado ha ido bajando con el paso de los meses, así que, cuando le pasan al pequeño, se lo administra todo rápidamente.

No le gusta el sabor, y pone mala cara. Solloza levemente, pero ella lo mece hasta que se calma. En pocos minutos está dormido.

No hay tiempo, no hay margen de error, pero a ella todavía le queda un ápice de alma, y no se siente con fuerzas de negarle a la familia que se despida. Los abuelos, los tíos, los primos y hermanos... todos lo abrazan con lágrimas en los ojos.

La madre lo besa en la cabeza y le guarda un papel doblado en el bolsillo de la preciosa chaquetita que le ha puesto, una de las pocas prendas, imagina ella, que deben quedarle en ese estado. Lleva el nombre del niño

escrito y, si hay una cosa más valiosa que la vida en el mundo, es ese papel.

La maleta pesa más que a la ida, ahora que el niño está dentro. Se aleja de la casa sin mirar atrás, porque sabe que si se da la vuelta acabará recordando sus rostros. Y si lo hace, dentro de unos días, o semanas, cuando ya no estén allí, tendrá que imaginárselos muriendo lentamente, a todos, padres, hermanos, abuelos... Y no puede permitirse eso, porque ya está hasta el cuello de desgracias como para que su propia mente le juegue una mala pasada.

Así que, aunque el próximo martes pase por delante de la chabola y la vea vacía, va a seguir caminando, y va a obviar las imágenes que se le forman en la cabeza de gases tóxicos, y ciudades valladas, y barracones, y hornos crematorios, y todas esas otras cosas que ha leído y que son sinónimo de horror y muerte.

Pasa el puesto de control sin que le registren la maleta, y una vez fuera del gueto se echa a llorar. Es un llanto silencioso y discreto, las lágrimas recorriéndole las mejillas mientras regresa a la relativa seguridad que ofrece la camioneta. Llora cada vez que sale, cada vez que saca a un niño, y llora porque no puede sacarlos a todos, llora por todos los que siguen dentro y por los que la Muerte ya ha marcado. Llora, sobre todo, porque aun haciendo todo lo que puede, no puede hacerlo todo.

Esa misma tarde el pequeño tiene un nuevo nombre, un precioso nombre polaco que borrará para siempre de su memoria su verdadera identidad. No recordará a sus

padres, ni hermanos, ni tíos, ni la choza en la que nació, ni el olor a miedo que a ella ya se le ha impregnado en las fosas nasales.

Y el único obstáculo que puede ponerle ella al olvido es guardar ese papel en un tarro de mermelada, junto con los otros dos mil quinientos, y enterrarlo en el jardín.

La Muerte observa cómo todos se despiden de una anciana que ya suelta las calles ensangrentadas, el ruido de los disparos, las maletas vacías y llenas y los ojos azules del niño.

Recuerda que a esa mujer la llamaban *ángel*.

Y piensa que para ser un ángel hay que haber visto muchos demonios.

Florencia, mayo del 2000

La Muerte ha estado ocupada. Siempre lo está.

El suyo es el único trabajo que nunca cesa. De hecho, como reflexiona a veces, la Vida podría sumarse a la cola del paro y dejar de esparcirse, y a ella todavía le quedarían miles de millones de seres que llevarse.

Intenta que cada final sea igual al anterior, intenta no diferenciar entre un humano y otro, pero incluso ella tiene que admitir que no puede alcanzar ese nivel de profesionalidad. Hay muertes calmas, muertes agónicas,

muertes instantáneas y personas que empiezan a morir desde el día en el que nacen.

No puede evitar que se le encoja el corazón al entrar en esa habitación. Hay personas a las que reconoce porque sus caminos se han encontrado en alguna encrucijada. O, como en este caso, porque el hombre que está tendido en el sillón, con una mueca serena que casi le hace sentir ternura, se ha pasado muchos años parándole los pies.

Ha perdido prácticamente todo el pelo que tenía cuando era joven y se jugaba los títulos y la vida casi al mismo tiempo. Su constitución atlética es un eco del pasado, y en sus facciones avejentadas no podría adivinarse que ha salvado ochocientos mundos.

Su respiración es tan lenta que apenas es perceptible; no le quedan muchos minutos y es probable que incluso él mismo lo sepa. Los mortales tienen un don para saber estas cosas.

Se fija en que hay cierta reverencia en el ambiente silencioso y vacío, el respeto que le merece la Tierra a uno de los mayores hombres que han pisado su faz. Sonríe porque está de acuerdo, porque lo ha visto en acción.

Mientras su conciencia empieza a desvanecerse en la nada, la Muerte observa cómo intenta aferrarse desesperadamente a un último recuerdo.

El viento azota su rostro como si quisiera detenerlo a toda costa, como si la galerna le suplicase que pare de arriesgarse, que pare de jugarse la vida. Aprieta los dientes y agacha la cabeza para sobrellevar el vendaval. No tiene tiempo de detenerse, y mucho menos por algo tan banal como el clima.

«Tienes un hijo pequeño», insiste su subconsciente, tratando de que dé media vuelta. Pero él sigue pedalando. Un pie, el otro, a toda velocidad, como si a cada metro se alejase del miedo. «Ellos también tienen hijos», grita en el interior de su mente. El rumor de la duda se calla el tiempo suficiente para que pueda girar en una curva y perder el pueblo de vista.

Se tranquiliza cuando se queda solo en la carretera, sin más compañía que las montañas que lo circundan. Son los humanos los que lo inquietan; son volubles, confusos, incomprensibles. Los caminos, en cambio, son predecibles y fiables.

Respira hondo; ha hecho esto miles de veces y nunca le ha pasado nada, así que se centra en la carretera asfaltada frente a la delgada rueda de la bicicleta. Nunca le ha pasado nada, se repite, y confía en que la suerte seguirá de su lado unas pocas horas más. No espera una vida afortunada, ni siquiera un año, solo el tiempo suficiente para hacer la entrega y volver a casa. Solo eso.

No le parece demasiado pedir.

Acaricia el manillar negro y la pintura recién barnizada. El color amarillo le gusta. Es curioso; es uno de los

más llamativos, le impediría huir en caso de necesidad, sería su verdugo si lo apresaran. Pero le encanta. Es más, no se subiría a ninguna otra bicicleta. Son como las personas, reflexiona, no te fías de cualquiera.

Él no confía en nadie, pero eso ya es otro tema.

Piensa en su mujer e imagina lo que diría si supiera que tiene veinte pasaportes falsos escondidos bajo el sillín.

La ama con locura y siente un escalofrío al pensar en qué podría ocurrirle si a él lo detienen. No sería la primera ni la única esposa condenada. Piensa en su bebé, que apenas empieza a ponerse en pie, y le vienen imágenes terribles que ha presenciado en los últimos días al pasar a las zonas restringidas. Se pregunta si es todo un error, si los está poniendo en peligro solo por decir que es un héroe.

Pero nunca dice ser un héroe. Nadie lo sabe, y ahí está el matiz que lo hace seguir día tras día.

Él mismo no cree serlo; podría hacer mucho más, y en cambio se limita a pedalear de ida y vuelta transportando documentos.

Divisa en la distancia el puesto de control. Se pone nervioso; le suben las pulsaciones y no puede distinguir el sudor frío del que causa el esfuerzo de los kilómetros recorridos.

Piensa que, con suerte, ningún soldado lo diferenciará tampoco.

A medida que aminora, se da cuenta de que los guardias son muy jóvenes. Sonríe. Esos son los mejores. Si es que hay *mejores* y *peores* entre los monstruos.

El que se encuentra junto a la barrera le hace una seña para que se detenga. Obedece. Lo contrario le parece una insensatez.

El recluta está irritado. Gesticula mucho mientras se acerca a grandes zancadas y le increpa en un italiano roto que aquella zona está vedada, que qué demonios hace allí. Él guarda silencio hasta que el militar está lo suficientemente cerca como para reconocerlo. Lo ve abrir los ojos como platos, alucinado, y llamar a gritos a su compañero.

Sonríe porque su rostro ha aparecido tantas veces en el periódico que nadie podría dudar de su identidad.

Unos pocos apretones de mano y otros tantos autógrafos son su billete a la otra parte de la barrera, esa parte que nadie visita.

Nadie, excepto él.

Documentos y más documentos, y papeles, fotografías, historias, vidas, todo eso escondido bajo su sillín durante años.

Años también de ganar carrera tras carrera y convertirse en un ídolo nacional, alabado por aquellos que desprecia, aquellos que tratan de condenar a las personas que él busca salvar con cada pedaleo.

Todo escrito en una libreta que esconde cada noche en un lugar distinto. No por vanidad, Dios, nunca por vanidad. Sino porque sabe que la vejez puede ponerle la zancadilla y hacerle olvidar quién fue. Sabe que puede acabar creyendo los rumores que lo llaman colaboracionista, que puede acabar sucumbiendo a la *vox populi*, dejar que

su historia acabe enterrada entre montones del mismo polvo que levanta al pasar a toda velocidad con su bicicleta.

No quiere fama, de eso tiene de sobra. No quiere reconocimiento por ser un ser humano decente. Quiere saber, en el fondo de su alma, que hizo lo correcto. No podría soportar irse a la tumba con la conciencia pesada como el plomo.

La Muerte se lo lleva y el mundo entero llorará su pérdida. Todos lamentarán el fallecimiento de un gran deportista.

Pero las montañas que lo vieron correr lamentarán que se haya ido un héroe. La barrera que cruzaba con el corazón a mil echará de menos la adrenalina. Los papeles que transportaba de estraperlo ya no existen, pero sus propietarios apagarán la televisión al oír la noticia y encenderán una vela en honor a su salvador.

Y la bicicleta...

La bicicleta derrama lágrimas metálicas encerrada en su museo de cristal.

Paterna, diciembre del 1987

Sería mentira decir que espera anhelante la visita de la Muerte. Pero también sería mentira decir que la vida le ha sabido a vida después de todo lo que ha visto.

Es un hombre mayor; roza los ochenta y cinco años y eso le ha pasado factura. El poco cabello que le queda

tiene el color de la nieve que nunca se ve por esos lares, y su rostro arrugado parece un desierto lleno de dunas a vista de pájaro. Lleva noches inquieto porque intuye una presencia que da vueltas a su alrededor como un buitres famélico.

Pero las canas, las arrugas, las ojeras..., nada de eso es nuevo. El pelo se le volvió blanco hace ya más de cuarenta años, y el ceño fruncido se le quedó grabado para siempre, así como el rastro de las sonrisas cautelosas, de las sonrisas comprensivas, de las sonrisas falsas.

El rostro es un mapa que solo la Vida puede cartografiar y solo la Muerte puede leer completo.

Muchos se obsesionarían con disfrutar sus últimos momentos, pero él esa lección la aprendió hace mucho, y le basta con pasar unas pocas horas con su hija. Le hubiera gustado marcharse rodeado de todos sus hijos, pero eso no puede ser, porque lo están esperando al otro lado de la barrera.

Piensa qué hubiera sido de él si no lo hubieran puesto donde lo pusieron. A veces maldice el que fue su trabajo, odia los recuerdos, el peso ahora invisible de la pala entre sus manos. Pero otras veces agradece haber estado allí, porque muy en el fondo cree que se le asignó una misión, y sabe que hizo lo que pudo por estar a la altura.

Un amasijo de cadáveres acaba de caer del carro que ya se llevan de nuevo hacia la colina, y a él no le queda más que observar los cuerpos ensangrentados y preguntarse